

Despolarizar la paz

Por Luis Guillermo Guerrero Guevara*

En medio del diálogo de La Habana algunos sectores políticos y ciudadanos, fieles a la política de seguridad democrática del expresidente Uribe, buscan reeditar sus estrategias y encarrilar nuevamente al país por la vía de la guerra fratricida como alternativa para definir el conflicto armado.

Volver a reeditar un escenario de polarización política y ciudadana del cual el país ya estaba saciado al final de los dos mandatos uribistas es revivir no solo un ambiente político adverso al diálogo sino, ante todo, profundizar el conflicto armado, cuya víctima seguirá siendo la población inerte de las regiones rurales y de las zonas periféricas urbanas donde habitualmente se instala el conflicto.

Afortunadamente, frente a estos actores que impulsan vientos de guerra, existen propuestas de otros sectores políticos y ciudadanos que, más allá del respaldo al gobierno nacional, le apuestan a la superación del conflicto armado, a la despolarización política y a la edificación de la paz como camino para reconstruir la sociedad, la política y el Estado colombiano.

Para avanzar en esta dirección, diversos sectores de la sociedad están pidiendo a la mesa de La Habana, en primer lugar, que no suspendan el diálogo ni se paren de la mesa bajo ninguna circunstancia pero que, simultáneamente, le expresen al país con mayor fuerza de difusión los resultados que se van construyendo. El reto no es entregar una “paz express” ni un documento formal sin implicaciones y compromisos reales, el reto es que el diálogo genere las condiciones para iniciar un proceso de

transformación de una sociedad que ha vivido un conflicto social y armado de cinco décadas.

En este diálogo se deben respetar las reglas de funcionamiento pactadas, que dicen que “las conversaciones se darán bajo el principio que nada está acordado hasta que todo esté acordado”, pero a esto se debe sumar que la gran mayoría de procesos de negociación sobre conflictos armados en el mundo, después de la segunda guerra mundial, se han demorado de tres a diez años. Como dice el refrán popular “la paciencia vence lo que la dicha no alcanza” y en esto los colombianos estamos entrenados y al parecer maduros para salirnos del círculo de la violencia como la única mediación política y subvertir la paciencia para convertirla en la ciencia de la paz.

En segundo lugar, se le está pidiendo a las partes que disminuyan la intensidad del conflicto armado, de tal manera que la gente tenga confianza en el diálogo de paz. En este sentido tanto las acciones bélicas de las partes, como aquellas que se hacen bajo la “connivencia” de algunas fuerzas oficiales con otros actores armados ilegales, así como aquellos atentados “terroristas” que las guerrillas reivindicaban como lucha revolucionaria, deberían entrar en una revisión profunda para que cesen, o por lo menos disminuyan, y se establezcan mecanismos humanitarios. De otro lado,

“

Frente a estos actores que impulsan vientos de guerra, existen propuestas de otros sectores políticos y ciudadanos que, más allá del respaldo al gobierno nacional, le apuestan a la superación del conflicto armado, a la despolarización política y a la edificación de la paz como camino para reconstruir la sociedad.

”

por parte del Estado se deberían dar señales de cambio en las medidas estructurales que se tomen frente a las políticas públicas de seguridad y defensa. No es coherente que en medio de un diálogo para desmontar el conflicto armado y retomar el camino de la paz, el presupuesto nacional para el desarrollo de una política de seguridad y defensa esté aumentando en 2 billones de pesos para pasar de 25 billones en el 2013 a 27 billones de pesos en el 2014. Con este dinero se podría resolver una importante parte de la agenda del desarrollo agrario del país o la inversión en educación y salud que tanto necesita Colombia para su desarrollo social.

En tercer lugar, de cara al avance de los diálogos de La Habana, desde diversas instancias de la sociedad se está haciendo un llamado a la ciudadanía para que participe libre y claramente en el proceso electoral que se aproxima en el 2014. La ciudadanía debe hacer uso pertinente de su poder electoral y decidir si quiere continuar alimentando la lógica de una guerra fratricida que pone en alto riesgo la vida de las nuevas generaciones o si quiere reconstruir la sociedad por la vía, quizás un poco más larga pero más edificante, del acuerdo, de la equidad, la justicia y la política profunda.

Un cuarto llamado que cada día se hace más claro en el camino de la paz es que ella se tiene que pensar y hacer desde los territorios y regiones que han vivido de manera severa el conflicto armado. Si bien la paz tiene una dimensión nacional, ella se vive en los territorios concretos de las veredas campesinas, de los resguardos indígenas, de los territorios de los consejos comunitarios negros, de las zonas agroindustriales y minero-energéticas y de los cascos urbanos más impactados por el conflicto armado. Es en estos escenarios donde se construye o no la paz real, donde se hace o no la concertación, para pasar de percibirnos como enemigos a comprendernos

no solo como contrarios sino como seres diferentes que nos reconocemos, nos respetamos y que estamos maduros para desarrollar las capacidades suficientes para convivir en la diversidad.

Finalmente, diversos actores hacen un quinto llamado para suscribir un acuerdo o pacto político por la paz de Colombia. El sentido de este dinamismo apunta a que las conversaciones de La Habana y la posible entrada a un diálogo entre el gobierno y la guerrilla

del ELN para la terminación del conflicto, generen las condiciones apropiadas para que la ciudadanía sea incluida en los cambios de las causas estructurales relacionadas con la disputa violenta por el poder. El reto de los diálogos no es solo que la insurgencia entre en la arena política sino que la sociedad en su conjunto y el establecimiento colombiano, en un proceso profundo de cambio de las costumbres políticas, entren a participar y reconstruir los cimientos de la paz integral y sostenible, desechando de manera firme y consciente el retorno al conflicto armado como mediación política.

Es indispensable que este tipo de acuerdo o pacto por la paz, sea un proceso político y ético firme, y que su alcance llegue a inundar a la sociedad colombiana en los temas estructurales

“

El reto de los diálogos no es solo que la insurgencia entre en la arena política sino que la sociedad en su conjunto y el establecimiento colombiano, en un proceso profundo de cambio.

”

que han originado el conflicto armado interno, de modo que se generen las condiciones y las bases para crear formas más altas y exigentes de convivencia y así ampliar la democracia.

Este acuerdo o pacto debe ser nacional pero sustancialmente soportado por las concertaciones regionales, con una expresión social muy amplia capaz de terciar, en el curso de los acontecimientos, un gran apoyo ciudadano a favor de la paz, que ayude a atenuar y mitigar las limitaciones de las conversaciones. En este sentido, la invitación es a que la paz se eleve no solo en el discurso sino en la realidad a una política de Estado. Que la paz deseada por las mayorías en el país no se enrede en la polarización que algunos sectores minoritarios de la sociedad quieren reeditar, en una contradicción maniquea y maximalista entre la guerra y la paz, sin comprometerse con alternativas de vida digna para todos los colombianos y colombianas. ☐

*** Luis Guillermo Guerrero Guevara**
 Director General del CINEP/PPP



Aportes al Cinep

CINEP/ Programa por la Paz realiza su trabajo gracias al aporte de organizaciones y personas que, como tú, están comprometidas con la construcción de una sociedad más justa, sostenible y en paz. Por medio de esta donación, únete tú también como socio/a de CINEP/PPP. Cuantos más seamos más fuerza tendremos para trabajar por la vida.

Click
 ¡Afecta tu Mundo!
 www.clickafectatumundo.com
COLOMBIA UN CAMPO DE OPORTUNIDADES